

## SAN PABLO, EN LOS ESCRITOS DE UNAMUNO

POR

FELIO A. VILARRUBIAS.

En tiempos dados a la frivolidad, a la «contestación», a la acción por la acción, y al pragmatismo, que no a la contemplación de las verdades eternas del más allá, resuena a paradoja el tema «San Pablo, en los escritos de Unamuno».

Un gran santo, apóstol y confesor de Cristo, y el mayor hereje español de la «generación del 98». De este hombre, carente de Dios que mataba a su alma con «el sentimiento trágico de la vida», que «es un sentimiento de hambre de Dios, de carencia de Dios» (1).

Me ha impresionado el juicio crítico de un autor, amigo, sobre «el nuevo Unamuno», lo que es el «quid» de los escritos unamunianos: «la sed de inmortalidad y el sentimiento trágico de *vivir para la muerte*» (2).

Ciertamente que esta paradoja unamuniana se produce como consecuencia de la crisis profunda que, desde la Reforma y la Ilustración, del asalto a la Bastilla a la Cruzada española de 1936-1939, invade y corrompe a la Escuela, y destruye al Occidente; crisis acentuada desde 1917, año del asalto soviético al Palacio de Invierno, por lo cual al destruirse los cimientos sociales, éticos, religiosos, y quebrarse la doctrina de la Autoridad, hoy pisoteada en las calles, bajo la dictadura nihilista del terror y el libertinaje masificado, por una rebelión que Ortega y Gasset había intuido ya que, obraría bajo

---

(1) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Editorial Renacimiento, Madrid, pág. 171.

(2) Fernández de la Mora, G: *El nuevo Unamuno*, Madrid, 1964, pág. 31.

el poder de lo irracional, al afirmar: «Que los principios vitales —política, derecho, arte, moral, religión— se hallan efectivamente y por *si mismos* en crisis, en, por lo menos, transitoria falla», y también, como Unamuno, yerran al olvidar la dependencia de la Autoridad con lo alto, como lo testificó Jesús a Pilatos en su respuesta: «No tuvieras potestad alguna contra mí si no te hubiera sido dada de arriba» (3), y despojándola de Dios la colocan al solo arbitrio de la ciencia. «Sólo la ciencia no falla» (4), y aquí por ciencia se entienden las experimentales, porque al decir del mismo Ortega: «magos, sacerdotes, guerreros y pastores han pululado donde y como quiera...» (5). Los librepensadores construyen sus supuestos en el puro sofisma o en la paradoja literaria: *la ficción*.

Pero precisamente esta paradoja unamuniana, siempre maravillosa, sirve hoy de meditación para este ensayo, por cuanto al recorrer nuestra mirada sobre la obra paulina, cotejada por los hijos de las cenizas metafísicas, brilla con inextinguible luz la superioridad del «hombre nuevo creado sobre el ideal de Dios en la justicia y santidad de la Verdad» (6).

El escenario en que se movió nuestro pensador hispánico fue la Universidad de Salamanca, testigo de excepción en la vida de este hombre extraordinario que fue don Miguel de Unamuno, cuyo pensamiento tan dispar es campo de confusión y signo de herejía, ya que su vida es la búsqueda malograda de una religiosidad que fenece en la obsesión del angustiado, «que ni acierta, ni se rinde» (7); es una agonía sin término.

Esta Universidad, de tan gloriosa historia, cuya sombra proyectada en la llanura abierta y sin confín de Castilla, océano de espigas en el que flotan sombras de olmos orantes en quebradas fontanas; sombra augusta que ha sido dibujada en latines sobrios: «omnium scientia-

---

(3) Jo. 19-11.

(4) Ortega y Gasset, J: *La Rebelión de las Masas*, pág. 137, Revista de Occidente, Madrid, 1958.

(5) Id., pág. 134.

(6) San Pablo: *Efesios IV*, vers. 24.

(7) Fernández de la Mora, G.: *El Nuevo Unamuno*, Madrid, 1964, pág. 31.

rum princeps», o bien por lacerantes insultos arrojados por extraña gente, cuales Carlyle: «fortaleza de la ignorancia», o bien por acentos galos despreciada: «Universidad fantasma».

De estos títulos escogeremos el último como divisa de nuestra salida por el campo del pensamiento unamuniano, ya que hablaremos de don Miguel cual fantasma deambulando por las tierras del ensueño fantasmagórico —Mancha con límites— camino de su desventura en pos de la quimérica Dulcinea, que para él fue la conquista en solitario de la inmortalidad.

Unamuno es ejemplo acabado de lo que hoy el mundo con insospechaba pedantería cree haber descubierto —estandarizada cultura cinematográfica!—, el complejo del Príncipe de Dinamarca, el personaje que el genio inglés recogió admirablemente en su drama, tremendo, como cuantos problemas atañen al *ser o no ser* de los humanos.

Pero lo extraño y lo paradójico es que nuestro siglo xx vibre ante este dilema, como si ignorase la existencia del pensamiento clásico, dilema al que visten con trágicos ropajes que llenan de espanto a los propios fantasmas que deambulan cuales don Miguel por las aulas del saber, por los intrincados laberintos de la Filosofía o por los arrecifes del psicoanálisis, derrumbada su Fe, y en crisis su humanismo trascendente trocado en la dialéctica hegeliana, hecha campo de trabajo y laboratorio psiquiátrico por Marx, o cristianismo de células y evolución en la cosmografía teilhardiana del quimérico punto Omega, es decir, el horrendo vacío de la Nada.

De sobra ha quedado demostrada en este siglo la inseguridad de los problemas planteados por la Reforma y la Enciclopedia en todos sus aspectos.

Mas esta duda, esta inseguridad, esta incertidumbre asfixiante que la Musa de su anterior «yo», Kierkegaard, no dejó de importunar a don Miguel hasta el día que la muerte puso final a su carrera y le colocó frente a la Verdad y a la Inmortalidad Suprema, por la que tanto suspiró y, ¿por qué no decirlo?, padeció hasta el último momento tras la posible existencia de la Divinidad...

Cuanto a otros mortales las Musas les alientan, y les llenan de es-

peranzas, para Unamuno fue Musa de desazones y de amargura existencialista hasta el fin de sus días.

¡Qué lástima grande fue que este hombre, que emprendió su camino de Damasco corriendo tras las huellas del tremendamente humano Pablo de Tarso, no quisiera oír la celestial consigna: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»! (8). Y después de endurecer su corazón en el desespero de la sinrazón, penetró en la ciudad de Damasco no a buscar su salud y la luz para los ojos de su espíritu incrédulo, pero como artista creador de fantasías, sino a mezclarse entre las tinieblas y perecer dentro de ellas, en aquellos fríos días de diciembre de 1936, allá junto a la sobriedad de su Universidad, junto a su cátedra de Griego, donde, tocado con la cogulla de la «duda y del sentimiento trágico», había profundizado en forma excepcional en el conocimiento de los escritos de San Pablo. Qué lástima, repito, que sólo fuesen en la letra y no en el espíritu los contactos unamunianos con el Apóstol de las Gentes.

\* \* \*

San Pablo se nos presenta a través de sus versos como:

«Saulo el fariseo,  
al borde del mar Jónico, sus ojos  
flacos hincaba con afán inquieto  
sobre los rollos de la ciencia helénica» (9);

y cual

«¡blanca llama de fuego que devora!» (10).

Son estos versos las primeras estrofas del poema *El Cristo de Velázquez*, amargos e hirientes versos para el Saulo discípulo de Gamaliel;

---

(8) *Hechos de los Apóstoles* 9, vers. 4.

(9) Miguel de Unamuno: *El Cristo de Velázquez*, pág. 78, Espasa-Calpe, Madrid.

(10) *Id.*, pág. 52.

mas ya la última estrofa es para el fogoso arrebatado al tercer cielo, cuando sus epístolas son ardientes cenizas de la «llama de fuego que devora».

Pero antes de que las páginas del cátedro salmantino sean alambicadas, para arrancarles como jirones de carne las citas paulinas, será menester enjuiciar cuatro aspectos importantísimos de nuestro solitario, de este vasco singular de nuestra primera mitad del siglo xx.

- a) Su pensamiento;
- b) Su obra;
- c) Su influencia, y
- d) Valoración unamuniana de los escritos de San Pablo.

a) Su pensamiento.

El pensamiento de Unamuno es rebeldía contra los sistemas filosóficos en general, cuyo santo y seña está lanzado en su libro *Soliloquios y Conversaciones* con estas palabras: «El tiempo, el espacio y la lógica son nuestros tres más crueles tiranos; ¿por qué no he de poder vivir ayer, hoy y mañana a la vez?; ¿por qué no he de poder estar aquí y ahí a un mismo tiempo?» (11).

Desterró de él su razón, y con el sentimiento intentó engañarse a sí mismo. ¡La lógica!, su tirano más cruel, era natural; el padre Guerrero, S. J., dice, consecuente a este principio unamuniano: «la expansión lógica de su pensamiento conduciría al nihilismo intelectual» (12).

Con este grito arremetía contra todo lo humano y divino y se erigía en señor de la más fantástica cabalística y se entronizaba, cierto es confesarlo, sobre una imaginación viva y repleta de ricas imágenes, pero eran como estatuas de pies de barro, fue una especulación sentimental, con la razón excluida y disfrazada las más de las veces, y arre-

---

(11) Miguel de Unamuno: *Soliloquios y Conversaciones*, cap. II, pág. 90, Espasa-Calpe, Madrid.

(12) P. Bustaquio Guerrero, S. J.: *Razón y Fe*, tomo 128, pág. 348, Madrid, 1943.

metiendo, sí, con «gritos de angustia, acentos de naufrago, lamentaciones de Profeta incomprendido» (13).

Y en esta tarea ciertamente «no aportó al pensamiento filosófico ni una idea nueva» (14) como el padre Oromí, franciscano, en un magnífico trabajo sobre Unamuno afirma, y es que Unamuno amó apasionadamente, pero con amor creador de quimeras y de imposibles; con figuras preñadas de contenido llenó sus ilusiones: la religión, España y la ancha tierra de Castilla; pero así como en las dos últimas el paisaje y la meditación frente a la dureza de sus perfiles le impulsaban a describir y a no crear, Unamuno, frente a la religión, no quiso asomarse al gran escenario de la Revelación y de la Ley Antigua y no creyó, sino que esclava ya su mente en el hontanar de la letra heterodoxa y en política en la cábala liberal, se encierra en el oscuro interior y en él contempla angustiado un alma acongojada y atormentada, en brazos de la cual se dispone a crear dioses contra «el espacio, el tiempo y la lógica» y a entronizar «el sentimiento trágico de la vida», que es el vivir para morir. De este problema trascendental, que le arrastra a la irracionalidad, al proclamar un día ante las aguas del Mediterráneo, cuya luminosidad espumosa le arranca el grito de: «¡alma pagana!», allá en la isla de Mallorca, cerca de Valldemosa y en el verano de 1916 el siguiente diálogo (anécdota aportada al autor por J. Estelrich):

«—La última vez que morí fue en el año 1865 en Copenhague, me llamaba Sören Kierkegaard.

—¿Y antes? —le preguntaron.

—Pascal.

—¿Y antes?

—Antes me había llamado Iñigo de Loyola.

—¿Y antes?

—Antes —alguien le dijo—, Pablo de Tarso.

—No —respondió Unamuno—, eso sería ya demasiado».

(13) Rafael de Hornedo: *Razón y Fe*, tomo 128, págs. 346 y sigs., Madrid, 1943.

(14) P. M. Oromí, franciscano: *El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno*, pág. 218, Espasa-Calpe, Madrid, 1943.

## b) Su obra.

Vertió su pensamiento —«la grandeza de Unamuno estaba en sus ideas» (15)— en una extensa obra que comprende: ensayos, novelas y poesías, entre cuyas páginas y versos está vivo —aun en muerte—, como muerto estaba aun viviendo, don Miguel de Unamuno, con su espectral y errabundo caminar, repleto de sueños y de torturas; su obra refleja con impresionante vivacidad, yo me atrevo a decir color y forma, la torturante duda «del sentimiento trágico de la vida».

Cada novela es un jirón de su carne; cada poesía, un quejido amargo, amargo y penetrante; es un profundo saetazo de un verbo duro y enjuto, cual la meseta que tanto amó y cuyos versos, «lejos de ser halago al oído, resultan con frecuencia tormento» (16).

Decía él a propósito de la poesía: «¡es tan grato para tanta gente el dejarse adormecer, a un ritmo de hamaca, por una sarta de imágenes sin más cuerda que la de la rima! Esa poesía sin huesos, mucilaginoso, inarticulada, hace las delicias de los espíritus de espumas.» (17). En efecto, repudiaba él a los espíritus de espumas, quería espíritus formados a golpes de desengaños, de dolor y de cinceles. El buscaba tan sólo: «el hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo, muere—; el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve, a quien se oye» (18), pero jamás hace mención a la historia de los sistemas filosóficos.

Pero ¿cómo podía afrontar el trascendental problema para él de la inmortalidad y de la supervivencia de su yo, de este yo que él afirmaba: «¡no hay otro yo en el mundo!» (19), si negaba, con sentenciosa gravedad, la aptitud de la humana razón para resolver el mismo?

(15) Fernández de la Mora, G.: ob. cit., pág. 31.

(16) Rafael de Hornedo: *Razón y Fe*, tomo 128, págs. 346 y 347, Madrid, 1943.

(17) Id.

(18) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico...*, pág. 5, Espasa-Calpe, 5.ª edición, Madrid.

(19) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico...*, pág. 5, Editorial Renacimiento, Madrid.

Hay en ello, pues, grave contradicción, que el padre González Caminero, S. J., la analiza y con formidable empuje sentencia: «fuera de unas cuantas ideas generales acertadamente fundadas en el anhelo de la inmortalidad, la mayor parte de sus elaboraciones ideológicas son fruto de la imaginación, empleada metódicamente como instrumento de la actividad filosófica» (20).

De toda su obra nos servirán para el desarrollo de este ensayo las siguientes: *Del sentimiento trágico de la vida*, *Vida de Don Quijote y Sancho*, *Jóvenes y Viejos* y *El Cristo de Velázquez*.

Son obras éstas que recogen ampliamente su «nihilista» posición ante la ordenada y justa solución providencial del fin del hombre: Muerte, Juicio, Infierno y Gloria, posición que él cataloga como «el único y verdadero problema vital del que más a las entrañas nos llega, del problema de nuestro destino individual y personal, de la inmortalidad del alma» (21).

Pero ante este problema su heterodoxia le cegó y no fue bastante aquel su sincerarse en el libro *Recuerdos de niñez y de mocedad* al escribir, arrancándolo de su pasado, encerrado entre los huesos de su frente —fríos de dudas y de tormentos—, aquella confesión: «eterna memoria y fecundo surco dejó en mí la Congregación de San Luis Gonzaga a que pertencí» (22). Lo que se calla es que ya de estudiante en Madrid, con la fe precipitada al abismo de la acantilada senda que un mal disfrazado luteranismo le empujaba, despeñado Cristo de su razón y de su corazón, no le sucedió en el vacío trono de su mente y corazón, ni siquiera la luterana fe sin obras, ni una razón sobrenaturalizada. En aquellas horas, el vacío, la nada, se asentó en él y con ello la duda negativa. Oigámosle y aprendamos su grito nihilista: «De la barrera acá, todo se explica sin El; de la ba-

---

(20) P. Nemesio González Caminero, S. J.: «Miguel de Unamuno, precursor del existencialismo». Revista *Pensamiento*, tomo 5.º, págs. 455 y sigs., Madrid, 1949.

(21) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico...*, pág. 8, Editorial Renacimiento, Madrid.

(22) Miguel de Unamuno: *Recuerdos de niñez y de mocedad*, págs. 110 a 115, Espasa-Calpe, Madrid.



rrera allá, ni con El ni sin El; Dios, por lo tanto, sobra» (23). Este texto, del capítulo VIII de su obra *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* creo que explica con una claridad diáfana que todo cuanto él escribió con anterioridad, o posterioridad, en esta obra, no es nada más que un disfraz completo de su ateísmo integral, de su paradoja dualista, que a veces hace dudar de su postura intelectual, con atisbos de ficción y de cruenta duda.

Pero prosigamos sus confesiones en el libro *Recuerdos de niñez y de mocedad*, visión de su pasado, y observémosle cuando cierto día entra en un templo; así se expresa: «al arrullo del armonio, mecida en sus sonos lentos..., mi pobrecita imaginación soñaba en quietud.

»—¿Y quién no soñó alguna vez con ser santo?» (24).

Este es Unamuno, soñar, soñar la santidad, la tragedia, la inmortalidad, Dios, el más allá, soñar siempre y olvidarse de la razón y de dirigirse a Dios, sin tanto intelectualismo ni quiméricos molinos de viento, que para hablar con El basta invocar: «Padre nuestro, que estás en los cielos». Pero don Miguel prefirió, como él mismo anhelaba, «un continuo fluir de ilusiones, en renovación perpetua, empezando a vivir cada día. ¿Cuándo descansaré, Dios mío?, ¿cuál será mi postrer anhelo?, ¿éste, el de ahora? ¡Dios lo quiera!» (25). Pero cuando así razonaba era en los primeros tiempos de estar en aquel Madrid que sería osario de su fe, trocada ésta por el plato de unas lentejas incipientes que desde Copenhague le ofrecían. A Cristo anteponeía un embrionario existencialismo.

Bien puede afirmar el padre Joaquín Iturriz, S. J., que Unamuno es el «hombre que traicionó la fe antigua católica de sus padres y prefirió guiarse a la luz de los luteranos para vivir siempre torturado e inquieto en incesante tormento vital» (26).

(23) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida...*, capítulo VIII, pág. 163. Editorial Renacimiento, Madrid.

(24) Miguel de Unamuno: *Recuerdos de niñez y de mocedad*, págs. 110 y sigs. Espasa-Calpe, Madrid.

(25) Miguel de Unamuno: *Recuerdos de niñez y de mocedad*, pág. 121, Espasa-Calpe, Madrid.

(26) P. Joaquín Iturriz, S. J.: «Crisis de religión de Unamuno joven», *Razón y Fe*, págs. 103 y sigs., tomo 128, Madrid, 1943.

Y, en efecto, su sed de inmortalidad no la sació en el «agua viva, de la que quien bebiere nunca jamás volverá a tener sed; antes el agua que Yo le daré vendrá a ser dentro de él un manantial de agua que saltará sin cesar hasta la vida eterna» (27).

Unamuno se contentó con ser sólo precursor del existencialismo y en escribir «el sentimiento trágico de la vida», «versión muy libre del pensamiento de Sören Kierkegaard a través de un pensador católico liberal, según escribe Walter Lowrie en la página octava de su obra *Kierkegaard*, y finalmente, en ser además «el mayor hereje español de los tiempos modernos», en acertado juicio del P. González Caminero, S. J. (28).

### c) Su influencia.

Unamuno no creó filosofía, ni pensamiento alguno, con fuerza e impulso capaz de iniciar y generar un movimiento dentro del campo de la Filosofía, puesto que su originalidad, aun siendo extraordinaria, es nula, por cuanto sus obras no aclaran ningún punto propuesto, y sus dudas, preguntas, perplejidades y paradójicas exclamaciones son comunes a todos los tiempos y países. Pregunto yo ahora: ¿Es que jamás la humanidad ha dejado de dudar en algo? ¿No dudaron nuestros primeros padres ante el árbol del bien y del mal? ¿No interrogaron los israelitas a Dios ante el Tabernáculo, antes de sus empresas y conquistas? ¿No son innumerables las perplejidades que la humanidad ha experimentado en su cotidiana lucha? Escrito está en el Evangelio: «Si eres hijo de Dios, desciende de la Cruz y sálvate» (29), y, por paradoja, aquellos fariseos añadían: «Has salvado a otros y no te salvas a ti mismo» (30).

El creer o pretender hacer creer a nuestro tiempo que el pensa-

(27) San Juan IV, vers. 5-12.

(28) P. Nemesio González Caminero, S. J.: «Miguel de Unamuno, precursor del existencialismo». Revista *Pensamiento*, tomo 3.º, pág. 543, Madrid, 1949.

(29) San Mateo: cap. XXVII, vers. 40.

(30) Id. XXVII, vers. 42.

miento se alumbra o engrandece con la obra unamuniana es falso. Julián Marías, que siente por él un atractivo sincero en su obra *Miguel de Unamuno* escribe: «Unamuno nos muestra el espectáculo dramático y profundamente instructivo del hombre que aborda de un modo extrafilosófico, o si se quiere, prefilosófico, en el problema de la Filosofía» (31). «Unamuno, a la manera de otros pensadores, como Kierkegaard y Bergson, no tiene la razón por apta para resolver ni aun comprender estos problemas (inmortalidad, metafísica); renuncia a utilizarla para tal menester y se confía en el sentimiento de la realidad del problema mismo, que resuelve morosamente en la propia mortal angustia» (32).

Y creemos que en este siglo, cuando tantos sistemas filosóficos, políticos, sociales, raciales, religiosos incluso, están de regreso de sus errores y los santones de tantas escuelas son incinerados por la llama de la Verdad, es retroceder estúpidamente el acudir a esta menguada fuente, donde sólo nos espera un atildado lenguaje, rico en expresiones: «creado al impulso de sus preocupaciones espirituales» (33), que sobrevivirá, esto es cierto, para gloria y llanto de la lengua castellana, de esta Castilla que tanto amó y tan bien comprendió; que ella, agradecida, le dio de su pecho a beber con tanto cuidado, que le alimentó con el mejor verbo de finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX de nuestra literatura.

Pero si, por una parte, lo negativo es contundente, también debemos aprovechar la lección positiva que nos ofrece: la lucha consigo mismo, luchando por ser o rebelándose por ser, en insatisfecho anhelo de, sin ser, siendo.

Creo que esta actitud es de franca meditación, tema de íntima confidencia. ¡A lo que llega a ser el ser cuando aquél no va acorde con el fin para el cual ha sido creado! Antagónica posición a la que San Pablo marca a los Filipenses en su Epístola: «Yo sigo mi carrera para ver si alcanzo aquello para lo cual fui destinado por Jesucris-

(31) Julián Marías: *Miguel de Unamuno*, pág. 220, Espasa-Calpe, 1943.

(32) Id.

(33) Rafael de Hornedo: *Razón y Fe*, pág. 246, tomo 128, Madrid, 1943.

to» (34), y que se complementa en lo que dice a los Hebreos: «entraremos en el reposo los que creímos» (35).

Pero Don Miguel no siguió su carrera hacia «aquello» sino que cubrió su incredulidad desesperada con una túnica evangélica, en cuyos pliegues la obra de San Pablo ocupa un lugar preeminente, pero que en definitiva es «morboza tendencia», como afirma el ya citado padre González Caminero.

Esta túnica la tejió con fino lino, tramándola con frases sopesadas: «Sin vida interior no la hay exterior» (36). Que no sea este interior un sepulcro blanqueado por fuera, pero hediondo en su interior, porque el hombre que surgirá de él será espantoso, trágico, cuyo intelectualismo farisaico le hará más temible cuanto más osado u original se presente. Consideración que nos presentará la cuarta parte de este Ensayo.

#### d) Valoración unamuniana de los escritos de San Pablo.

Aquí surge el punto esencial que nos adentra en el tema propuesto. ¿Por qué escoger este tema: San Pablo en los escritos de Unamuno? Nos lo esclarecerá el propio Unamuno en el capítulo VII de la segunda parte de su obra *Don Quijote y Sancho*, al decir: «las inquietudes del ángel son mil veces más sabrosas que no el reposo de la bestia», y en esto sí que *jamás* don Miguel descendió de la palestra para aquietar su espíritu mezclándose con la bestia.

No, él intentó huir del estiércol; elevarse alto hacia el más allá, y forzosamente este hombre inquieto debía dar con el gran Apóstol de los gentiles, esta otra alma inquieta, pero inquieta, sí, en la «pelea a lo divino» (37), como nuestro inmortal manco señala a los cuatro celestiales personajes del retablo que viera nuestro señor Don Qui-

---

(34) San Pablo: *Filipinses III*, vers. 12.

(35) Id. *Hebreos IV*, vers. 16.

(36) Miguel de Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho*, cap. XXV, pág. 105, Espasa-Calpe, Madrid.

(37) Miguel de Unamuno: *id.*, cap. LVIII.

jote de la Mancha: San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo.

Aquí es donde San Pablo se cruza en el camino inquieto de Unamuno, «en la pelea a lo divino», pero así como el Santo peleaba y moría para resucitar en Cristo, el hereje Unamuno peleaba y afirmaba: «hasta ahora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos» (38). En esto está el grave error de la tragedia de nuestro Unamuno, en: «¡ser, ser siempre, ser sin término!; ¡sed de ser, sed de ser más!; ¡hambre de Dios!» (39). Y no quiso despojarse del hábito del hombre viejo «que se corrompe siguiendo las concupiscencias de la seducción y a renovarse en el espíritu de nuestra mente y revestirse del hombre nuevo creado sobre el ideal de Dios y la justicia y santidad de la verdad» (40). Pero este consejo, dado a los Efesios por San Pablo, Unamuno no lo siguió; dudó; no trocó su vestidura por la del «hombre nuevo» y prosiguió vociferando por los desiertos, inmóviles, del laicismo:

«¿qué vida es ésta si esperamos sólo  
a lo que sea cuando no seamos?»

Expuestos estos cuatro puntos, que aclaran el porqué, cómo y cuándo de la presencia de la obra pauliana en los escritos de Unamuno, abordemos el tema propuesto:

### San Pablo, en los escritos de Unamuno.

El Apóstol de las Gentes, nuestro Pablo, paradójicamente, atestigua, al igual que las aulas salmantinas, la íntima tragedia del enfermo pensamiento de Unamuno, enfermo de espíritu y de razones; así pudo decir: «El hombre, por ser hombre, por tener conciencia, es

---

(38) Miguel de Unamuno: *íd.*, cap. LVIII, pág. 427, Espasa-Calpe, Madrid.

(39) Miguel de Unamuno: *Sentimiento trágico de la vida...*, pág. 45, Editorial Renacimiento, Madrid.

(40) San Pablo: *Efesios IV*, vers. 22-24.

ya, respecto al burro o a un cangrejo, un animal enfermo; la conciencia es una enfermedad». ¡Qué distinto destino le asigna el hereje al hombre del que le ofrece el apóstol Pablo, tras resucitar en Cristo, ya «hombre nuevo»!:

- 1.º la incorruptibilidad;
- 2.º la impasibilidad o inmortalidad;
- 3.º la claridad radiante de la hermosura, y
- 4.º la energía vigorosa en la acción y el movimiento.

Unamuno, en su desazonada carrera tras los ideales de la Inmortalidad y el de Castilla, unió el religioso y, dentro de éste, el místico, cuyo conocimiento le encaminó hacia un estudio amplio de la Sagrada Escritura, como fielmente testimonia su obra *El Cristo de Velázquez*, «¡en ese Cristo que está muriéndose sin acabar de morir!» (41), verso de bíblico lenguaje y de pauliana inspiración.

Las Epístolas de Pablo aparecen en sus versos dejando un sabor de naufragio y destierro que hiela el ánimo del lector, y es que Unamuno era «el hombre viejo» que no intentaba resucitar para obtener la inmortalidad, sino que, muriéndose en trágica postura, creía hallar su inmortalidad. ¡Huía de Damasco, le aterraba oír «Saulo, Saulo...»!

La inmortalidad perseguida por Unamuno es falsa y ficticia, no tiene base alguna, por esto el amargado cátedro dice: «Han vencido a los siglos por su fortaleza las causas de los muertos, no las de los vivos» (42).

El era una casa donde se albergaba la muerte en contraposición a la casa de los vivos, Templo del Espíritu Santo, como debe ser el cuerpo del cristiano; «vuestros miembros son templo del Espíritu Santo», así nos enseñaba el Apóstol en su Epístola a los Corintios (43).

---

(41) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico...*, pág. 74, Editorial Renacimiento, Madrid.

(42) Id.: *Del sentimiento trágico...*, pág. 46, Editorial Renacimiento, Madrid.

(43) San Pablo: *Corintios VI*, vers. 19.

Un surco profundo marcará en la árida, pero no estéril, llanura unamuniana, para indicar con él los campos opuestos; en el de la diestra colocaremos a San Pablo, y en la siniestra a Miguel de Unamuno, no para cotejarlos, que el Apóstol no necesita de este pensamiento vano para valorarle. Su apostolado basta, según nos previno en su Epístola a los Colosenses: «Estad sobre aviso para que nadie os seduzca por medio de una Filosofía inútil y falaz y con vanas sutilezas, fundadas en la tradición de los hombres, conforme a las máximas del mundo y no conforme a la doctrina de Jesucristo» (44), sino que lo antepone, para perpetuo testimonio de contradicción entre la luz y las tinieblas, de la Fe y de la duda, de la resurrección del «hombre nuevo» y de la muerte del «hombre exterior». A este propósito, don Miguel transcribe de la Epístola a los Corintios lo siguiente: «Nuestro hombre exterior se va desgastando, pero el interior se renueva de día en día» (45), a lo que Unamuno antepone: «Acongojados al sentir que todo pasa, que pasamos nosotros, que pasa lo nuestro, que pasa cuanto nos rodea, la congoja misma nos revela el consuelo de lo que no pasa, de lo eterno, de lo hermoso» (46), pero cuando cree hallar este consuelo, tropieza ante: «el escándalo de la Cruz» (47), «el de un Dios que se hace hombre para padecer y morir» (48).

Era el prejuicio de su asfixiada existencia, sin aires de renovación —rehuía la fuerza sacramental—, con los miembros adormecidos, con las entrañas yertas de fe y de Cristo, lo que le hacía tropezar y no levantarse; era el escepticismo que le roía su alma, lo que no pudo negar, y que justificaba diciendo: «El escepticismo vital viene del choque entre la razón y el deseo, y de este choque, de este abrazo entre

(44) San Pablo: *Colosenses II*, vers. 8.

(45) *Corintios IV*, vers. 16.

(46) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico...*, pág. 205, Editorial Renacimiento, Madrid.

(47) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico...*, pág. 205, Editorial Renacimiento, Madrid.

(48) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico...*, pág. 205, Editorial Renacimiento, Madrid.

la desesperación y el esceptismo, nace la santa, la dulce, la salvadora incertidumbre, nuestro supremo consuelo» (49).

Unamuno se preguntó a sí mismo: ¿cómo será la vida futura? ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? Estas tres preguntas, a las que San Pablo da respuesta completa en sus Epístolas I y II a los Corintios, la de los Efesios y la de los Colosenses, «no aclaran —dice Unamuno— el misterio», y ¿por qué no?, pregunto yo. Antes de nuestra respuesta expongamos la doctrina pauliana, que Unamuno aprisionó entre su «moribunda afición» a enmarcar con el Evangelio —que es paz y serenidad— a su locura existencial —que es anarquía e inestabilidad—; San Pablo escribió: «Mas dirá alguno: ¿cómo resucitan los muertos?, ¿y con qué linaje de cuerpo se presentan? Necio, lo que tú siembras no cobra vida si primero no muere. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de ser, sino un simple grano, pongo por caso de trigo o de alguna de las otras semillas. Y Dios le da un cuerpo como quiso y a cada una de las semillas su propio cuerpo, no toda carne es una misma carne, sino que una es la carne de los hombres, otra la carne de las bestias, otra la carne de las aves y otra de los peces. Hay también cuerpos celestes y cuerpos terrestres, y uno es el esplendor de los cuerpos celestes y otro el de los terrestres, uno el esplendor del sol y otro es el esplendor de la luna, y otro, el resplandor de las estrellas. Porque una estrella se aventaja a otra estrella en esplendor, así también será la resurrección de los muertos. Siémbrese en corrupción, se surge en incorruptibilidad; siémbrese en vileza, surge en gloria; siémbrese en debilidad, surge en vigor; siémbrese cuerpo animal, surge cuerpo espiritual; si hay cuerpo animal, le hay también espiritual. Así también está escrito: fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el último Adán, espíritu vivificante. Ahora que no es primero lo espiritual sino lo animal: luego lo espiritual... Esto digo, hermanos: que la carne y sangre no puede heredar el reino de Dios ni la corrupción heredar la incorruptibilidad. Mirad, os voy a decir un misterio: no todos moriremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un pestañear de ojos,

---

(49) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico...*, págs. 132 y sigs, Editorial Renacimiento, Madrid.



al son de la última trompeta; pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados» (50). Y también en la propia Epístola añade: «el último enemigo que será destruido es la muerte» (51). En la de los Colosenses, y en su capítulo II, v. 20: «Si moristeis con Cristo a los rudimentos del mundo, ¿por qué, cual si vivieseis en el mundo, os dejáis imponer leyes?» Y en la de los Efesios, en la que nos habla de la unidad de los hombres, todos en Cristo, después de morir en la carne y resucitar con El en el espíritu. A este admirable conjunto de doctrina de la verdad universal, Unamuno, cegado sobre su montura atea, no ve el problema de la resurrección y de la inmortalidad más que como un problema tan doméstico que casi reduce su duda a una inquietud privada y burguesa: «lo que en rigor anhelamos para después de la muerte es seguir viviendo esta vida, esta misma vida mortal, pero sin más males, sin el tedio y sin la muerte» (52).

¡Qué tristeza, qué amarga desilusión es para el admirador de Unamuno esta liberal y mezquina concepción del más allá! ¿Cómo no trascibió de la propia Epístola I a los Corintios y del propio capítulo XV los versículos 21 al 24?: «Pues ya que por un hombre vino la muerte, también por un Hombre la resurrección de los muertos. Porque como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Cada uno en su propio orden: las primicias, Cristo, después los de Cristo en su advenimiento» (53).

Creo que si Unamuno hubiese penetrado el camino de la Fe por entre textos del Apóstol, y no por los de la soberbia, también para gloria de él y de la Castilla de Teresa, Ignacio, Don Quijote y Sancho hubiese «sido vivificado en Cristo», «siguiendo cada uno en su propio orden» (54).

Hemos tocado el tema fe, y es curioso que él, que anota en su obra *El sentimiento trágico de la vida* la definición que San Pablo

(50) San Pablo: *Corintios I*, cap. 15, vers. 35 al 52.

(51) Id.: vers. 26.

(52) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida*.

(53) San Pablo: *Corintios I*, cap. 15, vers. 21 al 24.

(54) Id.

da a los hebreos sobre la Fe: «es la Fe una convicción de las cosas que se esperan, argumento de las que no se ven», se pierda en la desorientación e incertidumbre y describa a renglón seguido: «creer en Dios es hoy, ante todo y sobre todo, para los creyentes intelectuales, querer que Dios exista» (55).

Que Unamuno leyó la Epístola I a los Corintios y las otras anotadas es ciertísimo, pero otra vez rehúye el camino de Damasco; no es de luz para él; prefiere las tinieblas nórdicas durante su vida, «¡encrucijadas!» como él llama.

A las Epístolas citadas siguen la de los romanos, gálatas, tesalonicenses, y van desfilando una tras otra, ¿y qué diríamos de cada una de sus citas?, ¿y de las anotaciones a las mismas de nuestro heterodoxo?

En un lado del campo partido se resucitó a lo «divino», después de enterrar la semilla: «¡Necio —decía San Pablo—, lo que tú siembras no cobra vida, si primero no muere!». En el otro se prefirió una inmortalidad burguesa de «entente cordiale».

¿A qué se debe, pues, este caos? La respuesta está en su libro *Viejos y Jóvenes*, páginas 150 a 154, cuyo texto enunciare no sin el dolor de lo estéril:

Así que Pablo de Tarso dio al mundo sus Epístolas, no eran ya suyas, sino de todos, del común acervo, del patrimonio de la humanidad, y podía él entenderlas y sentirlas de muy distinto modo de como las había sentido y entendido el mismo Apóstol de los gentiles.

Confundi6 Unamuno, esta es la verdad, a San Pablo con un discípulo de las escuelas helénicas, estoica, epicúrea, sofística, etc. A él qué le importaba. Sólo que era más grande en ciencia y más profundo en saber. Pero el horror unamuniano a la Teología, que le hacía exclamar, respecto a la Suma Teológica, que era un «monumento de la abogacía católica», le impidió contemplar el Misterio Divino que tras las frases de San Pablo se encerraba.

A la Apocatástasis paulina, Unamuno pretendió superarla con su verbo deshollador y de «incomprendido profeta»; y gritó «inútil

---

(55) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico...*, pág. 196, cap. IX, Editorial Renacimiento, Madrid.

querer conocer lo de Dios por razonamientos didácticos, por teología, por lógica; una Teología es una contradicción íntima porque riñen el theos y la logía; no sirven razonamientos para llegar a Dios. Y recordó a Kant y su trituración de las supuestas pruebas lógicas de Dios y como había caído en su espíritu todo este andamiaje de una creencia metodológica, espiritual y no intelectual; pragmática y no psíquica. La prueba ontológica, la cosmológica, la metafísica, la ética, toda se había derrumbado en un tiempo de su mente, y con ellas aquel Dios de la razón. Todo aquel racionalismo teológico se había venido a tierra en su espíritu con estrépito interior, aunque no trascendiera destrozando no pocas tiernas flores del alma en su derrumbe y cubriendo el suelo de estériles escombros».

Pero lo de Unamuno es pasajero y estéril; la «blanca llama de fuego que devora» había ya clamado al Universo y la Victoria estaba en él, por la gracia de Jesucristo: «Despojaros respecto de vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo las concupiscencias de la seducción y a renovaros en el espíritu de vuestra mente y revestiros del hombre nuevo creado sobre el ideal de Dios en la justicia y santidad de la verdad» (56). Y el Unamuno que «nunca tembló ante el infierno» (57) y que no quería morir: «No quiero morir, no, no quiero ni quiero quererlo, quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia» (58). Este hombre, que no quería morir por no resucitar en Cristo, queda arrinconado y aplastado entre sus desesperos existenciales y sus apocalípticos quejidos, encerrado en la heterodoxia, bajo los pies del Apóstol que él tanto admiró y estudió, pero al que no obedeció por no morir viviendo y resucitar muriendo en Cristo Jesús, en cuyo morir habría hallado la inmortalidad que tanto ansiaba y la resurrección que tanto esperaba. Resu-

(56) San Pablo: *Efesios IV*, 22-24.

(57) Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico...*, pág. 50, Editorial Renacimiento, Madrid.

(58) Miguel de Unamuno: *Id.*

rrcción que afirmaba al Apóstol a un nuevo vivir: «Ya no vivo yo; es Cristo, que vive en mí».

Unamuno, al que se le había escapado de sus manos el alma, de esta alma que decía el Rey Profeta: «mi alma está siempre en mis manos, Señor» (59), negaba en su sed de inmortalidad ¿Ficción? ¿angustia real? al igual que a Dios, y en su lugar creaba un fantasma intelectual: «A Dios lo creamos los intelectuales», pero el dios de Unamuno era pura entelequia panteísta y el de Pablo era Cristo Jesús con cuya Persona el Padre y el Espíritu Santo forman la Trinidad, que es el Camino, la Verdad y la Vida de todos los siglos.

En esta figura literaria del Dios de Unamuno, que une a Kierkegaard, Freud, Nietzsche, con el hegelianismo de Feuerbach, Carlos Marx y Lenin, debemos entender la gran crisis y la catastrófica apostasía desencadenada en Europa, en esta hora postconciliar, que es la hora del «modernismo», hoy de *los cristianos por el socialismo*, ayer por los *juegos intelectuales* de los agnósticos existencialistas.

Dramática enseñanza de los falsos líderes que ahogan el grito de la auténtica libertad que sale del Apóstol Pablo «Sólo la Verdad os hará libres» frente a la negación aplastante y cruenta de la libertad y de la inmortalidad, que arrastra el grito marxista: «La religión es el opio del pueblo» (Véase *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, en la que Marx dice: «La religión es el suspiro de la criatura agobiada, el estado de ánimo de un mundo sin corazón») (60).

Pero en esta hora, también de revisiones, de la figura humanística del rector salmantino quedará para siempre la figura cierta de aquella mística contemplación, trasfigurada en versos, que fue su poema: *Cristo de Velázquez*, haciendo realidad su pensamiento: «no sirven raciocinios para llegar a Dios» (61), porque en su angustiada espera, ya sin ficciones, lo había alcanzado en su corazón...

---

(59) Salmo 118.

(60) Tierno Galván, E.: *Antología de Marx*, Madrid, 1972, pág. 34.

(61) Véase página núm. 17.